

LIBROS LIBROS LIBROS LIBROS

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL COLERA

de Gabriel García Márquez

por Julio Ortega

● Oveja negra, Bogotá, 1985

En los números de mayo y junio de Vuelta publicamos dos opiniones críticas sobre la última novela de Gabriel García Márquez. Probablemente este nuevo intento tampoco sea justo, pero no deberemos hacer reclamaciones al autor sin antes preocuparnos seriamente por cierto modo de leer, dudoso e inseguro, inmaduro y complaciente, de los críticos —como denuncia aquí Julio Ortega— y también de los lectores que a solas con su propio entusiasmo hacen posible el "éxito" de novelas de todo tipo.

Esta anunciada novela de García Márquez —un gran escritor, qué duda cabe— ha resultado ser un verdadero test de la naturaleza variable de la lectura. Esa naturaleza es, bien lo sabemos, histórica y social, porque no leemos en un estado puro de comunicación sino que lo hacemos desde modelos cambiantes y en situaciones condicionadas por los valores añadidos al objeto de arte. En el caso de García Márquez, el modelo desde el cual leemos sus libros es el de la fábula: las suyas son novelas de carácter episódico, todo puede ocurrir en ellas gracias a la licencia de su representación cambiante, y tienen una resonancia muy rica debido a su permanente diálogo con las fuentes fabulosas de la tradición del relato. A favor de esa expectativa de la lectura, García Márquez diseña

con precisión la facilidad elegante de su argumentación fecunda.

Sin embargo, y a pesar de sus muchas magias parciales, *El amor en los tiempos del cólera* no parece cumplir con las demandas de ese mismo modelo. En sus propios términos, el contrato de lectura aquí se incumple por parte de la novela. En primer lugar, la fábula sólo es episódica a costa de que es improbable, por anti-novelesca. En segundo lugar, la representación es más bien decorativa, irrelevante, salvo en un punto crítico: por una vez, el Caribe es aquí más realista que literario. La resonancia tradicional del relato es probablemente lo mejor de la novela, aunque no llega a plantear una revisión radical de la biblioteca amorosa en que se basa. Veremos estos problemas con algún detalle.

En buena cuenta, *El amor en los tiempos del cólera* es una novela por debajo de la propia narrativa del autor, a la cual refleja sin convicción, tanto porque no está al nivel de formalidad orgánica de su trabajo como porque, creo yo, carece de tensión interna, es a veces monocorde y su escritura, por primera vez, desigual y casual. Pero si cualquier escritor importante puede escribir una novela poco convincente, en este caso resulta interesante la parálisis de los críticos ante

el primer fracaso lato de García Márquez. En general, las reseñas han occultado tras su entusiasmo convencional una falta de juicio cierta y, en los más cautos, el temor a las valoraciones. Este fenómeno es interesante, y estoy seguro de que todos somos conscientes de él, si no cómplices, voluntarios o no, del mismo. ¿Quién se ha atrevido a confesar, por escrito, que *Historia de Mayta*, de Mario Vargas Llosa, es una novela menor? Todos quisiéramos que su próxima novela nos gustase pero, sobre todo, que no saliese tan pronto para que se exigiese un poco más. El éxito (cualquier cosa que eso sea) de Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa es tal que sus novelas parecerían, de antemano, estar obligadas a ser buenas. Lamentablemente, no es el caso. Más penosamente, la crítica ha abdicado su rigor a la comodidad del elogio, el recuento temático, las citas del autor opinante, y hasta hay tontos nacionalistas que los reclaman para el panteón regional. También hay quienes opinan políticamente a través de uno u otro, lo cual es otro condicionamiento de la lectura, menos interesante y más obvio. De modo que en el caso de esta novela de García Márquez, la lectura dudosa e insegura, inmadura y complaciente de los rese-

hadores evidencié lo que ya era patente tras las reseñas de la última novela de Vargas Llosa: estos libros, para no hablar de algunos anteriores, deben haber sido asimilados por un nuevo modelo de lectura, uno que pacifica el juicio y gratifica el gusto, domesticando la crítica y atenuando las demandas por un diálogo más cierto con la imaginación y la escritura. Me gustaría equivocarme, pero a nombre de mejores libros.

Ahora bien, ¿por qué falla *El amor en los tiempos del cólera*? No porque sea inferior a *Cien años de soledad*, comparación innecesaria, sino porque en sus propios términos no acaba por cumplir sus varias promesas. Si una novela es una extensa frase donde se aplazan las resoluciones a nombre de los episodios que nutren la espera, en ésta la historia de los personajes corre por su cuenta sin articular un destino necesario al desenlace, tan feliz como casual. Las correlaciones episódicas resultan, así, más bien tenues, acumuladas, y en progresión plana. Uno de los problemas radica en el carácter antiepisódico del matrimonio burgués de Fermína Daza y Juvenal Urbino. La novela quiere ser fiel al código de esa relación y, antinovelsadamente, la presenta como realizada en términos de ese código. Así, Fermína es siempre fiel y sólo se reencuentra con Florentino Ariza después de la muerte de su marido. La fidelidad conyugal de Fermína es seguramente virtuosa, pero la fidelidad de la novela al código burgués es, por el contrario, infiel a la tradición narrativa, la cual está hecha, precisamente, sobre la infracción de los códigos burgueses. Madame Bovary y Ana Karenina son posibles gracias a esa infracción, que las hace heroínas modernas, transgresoras del código, y por eso penalizadas por el contrato que maneja el público lector. El matrimonio en *El amor en los tiempos del cólera* no es novelesco, y resulta tedioso.

Fermína Daza es la Dama (paradigma clásico: heroína, altiva, única) para Florentino Ariza, el héroe pre-moderno, pero es la Perfecta Casada (doméstica, conservadora) para Juvenal Urbino, el héroe burgués y civilizador. Esta Fermína es un personaje determinado y robusto pero carece de simpatía dramática: no conoce

contradicciones, y sólo la vejez la hará libre; su virtud más interesante es la terquedad, esa altivez de gran dama rural, pero ella es, inevitablemente, unidimensional. También lo es el Dr. Uribe, casi un personaje de Galdós, poseído por el positivismo científico, aristócrata patriarcal y benefactor social, base del sentido común familiar, de los tópicos que sustentan el orden burgués. Las relaciones prolijas de esta pareja predecible ocupan la mayor parte de la novela. Florentino Ariza, en cambio, es más interesante. Proviene de otro código: el provenzal, que dicta el culto de la Dama, y que distingue el gran amor imposible del sexo siempre factible. Ancianos de 70 años, Fermína y Florentino se aman en las últimas 50 páginas en un magnífico *finale*, que es lo mejor de esta novela, libre, por un momento, de los códigos que destruyen la realidad social, y al igual que en otros libros del autor, capaz de una resolución lírica y madura; como si la novela sólo pudiese culminar en un arrebatado del discurso amoroso, no de la historia sino de la tradición literaria que la alimenta. Al final, la novela misma actúa como la licencia amorosa clásica: es en el discurso amoroso donde el lector reconoce la felicidad como un destino escrito, paradójico pero fantástico.

Esas brillantes páginas finales no son, claro, todo lo bueno de la novela. Más intrigante me pareció la representación crítica del escenario del Caribe. Espero no ser el único en declararse harto de las magias supuestas y reales de ese "lamparero barroco" (Carpentier, quien fue uno de sus divulgadores), pero ya Severo Sarduy ha hecho la parodia del Caribe al representarlo como un cambiante telón de fondo, como un decorado Kitsch y populachero. No menos críticas, en otra dirección, son las versiones que del Caribe han propuesto dos escritores puertorriqueños de primera calidad: Luis Rafael Sánchez y Edgardo Rodríguez Juliá. García Márquez, cuyos Caribes permisibles amenazaban con convertirse en una geografía donde la gente hace de las características del subdesarrollo una virtud, procede en esta novela a desconstruir su escenario fecundo. A través del racionalismo social del Dr. Uribe la novela nos presenta un Cari-

be de puertos insalubres y poblaciones reducidas a la miseria; más reveladoramente, es un Caribe ecológicamente amenazado: con una mirada crítica de hoy, fiel a su temperamento de anarquista íntimo, Gabriel García Márquez se adhiere a la causa ecologista, de tradición ácrata, y observa, impotente, cómo son talados los árboles donde una vez anidó su barco fantástico. Hay aquí un cambio en la representación que lleva a la novela más allá de ese linaje fantástico. También hay, por cierto, no pocos pasajes brillantes, personajes fascinantes, buen humor y muchas frases felices en esta novela, cuyas virtudes no se funden suficientemente; quizá porque la representación de las relaciones es aquí social, y se basa, por tanto, en los códigos, que limitan la aventura, propician la dimensión psicológica (que no es virtud narrativa del autor), y casi imponen un realismo básico. Ante esas obligaciones del código social, la perspectiva de la novela moderna suele ser crítica o irónica, pero en la suya García Márquez prefiere una perspectiva más distanciada y objetiva, lo que resta tensión a la empatía y disuelve la ironía. La perspectiva del narrador es aquí el problema central: es más acumulativa que consistente, más ambigua que articuladora; y sólo por momentos, como en la vuelta de tuerca del final, se funde en la vivacidad de los hechos que recuerda.

La operación misma de la escritura, en cambio, se beneficia con brío de la tradición literaria que maneja. Como siempre, García Márquez es mucho más literario de lo que transparente. Esta novela está escrita sobre la Enciclopedia Universal del Amor, esa biblioteca bochornosa y espléndida donde se archivan desde las secciones de "correo del corazón" de la prensa provinciana hasta el espiritismo de los "fieles de amor"; desde las cartas de amor popular y los boletines sentimentales hasta el manual caballeresco, el bovarismo y el petrarquismo. No en vano, Florentino, el héroe del amor sobre-escrito, héroe, por ello, de la escritura, es el rival eterno de Juvenal, el héroe de la burguesía y, por eso, del desarrollo y la ciencia. Florentino inventa, literalmente, la novela cuando concibe un volúmen didáctico de cartas, "Secretario

de los enamorados", exactamente como Richardson convirtió su epistolario modélico en *Pamela*, novela creada a la vez por la imprenta y por el código burgués. Por lo demás, Florentino, escriba del lugar común amoroso, parece muchas veces un Bartleby, el escribiente, el paradigma antihieróico de Melville, quien representa el pesimismo antifaustico en pleno

triumfo de la burguesía productora, en el XIX norteamericano. Atravesando todas las edades de lo establecido, la pareja de la novela se ama libremente, al final, en la tradición literaria de donde viene; y a donde no quiere retornar, por una vez, gracias a una novela que brevemente vence a los códigos que, en el balance, la habían vencido.

[Recordemos además otro modelo. En el capítulo LIV de Rojo y negro (1831), Stendhal trazó un plan de seducción, eficaz y ridículo al mismo tiempo: ver todos los días a la mujer que se pretende y hacer la corte a otra mujer de la misma clase por medio de cartas apasionadas. De esta manera, Julián Sorel recibió del príncipe Korasol cincuenta y tres de las cartas de amor que, en seis volúmenes, llevaba en su maleta destinadas a "Todos los caracteres de mujer". N. de la R.]

FICCIONARIO

de Jorge Luis Borges

por José Miguel Oviedo

● Edición, introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal, México, Fondo de Cultura Económica, 1985. 483 pp.

Es una triste ironía que este libro circule cuando sus dos autores están muertos. Emir Rodríguez Monegal murió el 14 de noviembre de 1985; aunque el libro tiene pie de imprenta en agosto de ese año, es dudoso que llegase a verlo: por entonces ERM estaba en lo peor de una enfermedad que, pese a su admirable resistencia psicológica, lo destruyó en poco tiempo. En cuanto a Borges, que —también irónicamente— sobrevivió a su más joven crítico y amigo (murió el 14 de junio de 1986), parece muy poco probable que se enterase siquiera de la aparición del libro; él también estaba secretamente enfermo y empezando a disponer su propia muerte, ajeno cada vez más al mundo real. Ambos, además, enfrentaron ese hecho final con la misma certeza de que si bien habían permanecido largos años solos, no podían partir sin dejar en orden ciertas cosas terrenas: ERM se casó, *in articulo mortis*, con Selma Calasans, y Borges, menos de un mes antes de morir en Ginebra, con María Kodama. Decisiones felices (se sabe que ERM la tomó diciendo: "Let's have a happy end") porque, aparte de formalizar afectos profundos y prolongados, aseguraban que los inmensos legados de ambos (la legendaria biblioteca de ERM en New Haven, los archivos y papeles de ambos) quedaban en manos seguras y responsables. *Ficcionario* es el punto final de una larga y

mutua admiración, cuyas diversas manifestaciones enriquecieron nuestra literatura.

Las buenas antologías, como las biografías, no son libros sobre un autor: son (o parecen ser) del autor antologado con tanto derecho como el que selecciona, anota y presenta. (En las biografías, la "vida" también es de quien la escribe, no sólo de quien la vive.) Son libros nuevos que un autor inventa para otro. Lograr eso en el caso de Borges es, a la vez, fácil y difícil. Es fácil, porque Borges es un escritor fragmentario, cuya obra está formada por unidades que casi nunca exceden las 20 páginas: no hay nada que cortar en ellos, porque el autor mismo no sólo las ha escrito, sino que también las ha editado, en el sentido inglés de la palabra. Por otro lado, esos pequeños retazos están ensamblados entre sí de una manera indisoluble: cada parte remite al todo, y el todo se refleja de modo diverso en las partes, enriqueciendo su significado. Como dice ERM en su introducción: "Seleccionar (discriminar) implica destruir una totalidad que es superior a la suma de sus partes. Por otro lado, casi no hay texto suyo (como el hueso que un antropólogo encuentra en el barro) que no pueda ser usado para reconstruir la fábrica entera de su obra" (p. 9). Además, Borges ha sido su propio antólogo, en esas famosas y varias veces editadas y ampliadas *Antologías personales*. Y, para termi-

nar, el propio ERM es autor de otras antologías y trabajos de recopilación sobre Borges: el terreno estaba, pues, más que saturado.

Sin embargo, este *Ficcionario* es un libro nuevo y apasionante; en cierta manera, es una reescritura del Borges esencial y un esclarecimiento de su obra total. Propone una lectura, da una versión auténtica de Borges y la somete a una argumentación que es básicamente convincente. A su vez, este libro de ERM se basa en otros suyos sobre Borges: es un texto hecho de textos propios y ajenos. Al final de las notas, cita sus fuentes: "Este libro antológico puede ser considerado como complemento de mi *Borges por él mismo* (Barcelona, Laia, 1984), así como de mi *Jorge Luis Borges. Una biografía literaria*, también publicado por el Fondo de Cultura Económica, de México. La primera edición de esta biografía, en inglés, es de 1978" (pp. 474-475); y en la misma introducción alude a la tercera: "Me he basado para esta antología en una anterior que publiqué en inglés con la amistosa colaboración del poeta Alastair Reid" (p. 9). Curioso que la cita de esta fuente sea tan discreta que ni se menciona en la bibliografía sobre Borges: ERM se refiere a *A Borges Reader* (New York, 1981), cuya redacción debió inspirarle la idea de este *Ficcionario*. El título, que hace un guiño cómplice al lector con su delicado juego fonético, es muy preciso porque, para ERM, "todo lo que Borges escribe se transforma en lectura, es decir: en literatura, en ficción" (p. 7). Ese carácter eminentemente ficticio, inventivo y especulativo es lo que da unidad a su obra, no importa si el género es narración, poesía o ensayo. De hecho, la obra borgiana es un alegato implícito contra la distinción genérica; lo que escribe se superpone a dos o más

géneros, establece espacios fronterizos e indefinidos para los que no hay una atribución precisa. Trampas de Borges: cuentos que parecen ensayos, notas bibliográficas de libros inexistentes o necrologías de autores inventados, fuentes apócrifas, poemas que son paráfrasis y repagos de otros textos, de la misma imagen; y, sobre todo, la presencia ubicua de ese personaje mayor de la obra, ese "Borges" que no es él, que no es nadie. La antología tampoco distingue: el verso va al lado de la prosa porque todo es parte del sistema imaginario convocado por la voz "Borges".

ERM agrupa el material en cuatro partes, siguiendo un orden cronológico; las tres primeras tienen breves prólogos y notas de presentación; la cuarta presenta la cronología, bibliografía y filmografía borgianas, y las extensas notas a los textos, que es de lo más personal e interesante del libro. La primera parte (titulada "El escritor") es la más nutrida, pues ocupa dos tercios de la antología, y está dividida por eso en dos secciones: la que cubre sus años de joven poeta ultraista, y aquella que arranca en los años 30 y en la que Borges redescubre la ficción, tanto a través de su práctica como de su teorización. La segunda parte tiene el sarcástico título de "El dictador" y alude a la etapa en la cual Borges ya no escribe, sino dicta, lo que supone una transición estilística y un lento retorno a la poesía. La tercera cubre el breve período de tardías ficciones "realistas", es decir, los años de *El informe de Brodie* (1970) y *El libro de arena* (1975), entre otros. En total, ERM ha incluido 118 textos de Borges, varios de ellos nunca recogidos en libros y menos en antologías. Alineando esos textos olvidados junto con los más clásicos y conocidos, entretejiéndolos en un diálogo lleno de adelantos en el tiempo y ecos internos, interpretando todo el proceso a través de sus prólogos y notas, ERM hace emerger al "Borges" ficticio en el centro de un mundo imaginario de irresistible seducción, magia y lucidez. Siempre he pensado que la grandeza de Borges reside en que es un escritor riguroso sin dejar de ser increíblemente ameno, un autor cuya erudición es un vehículo, y no un estorbo, para el placer que provoca su lectura.

Que el libro cumpla su cometido de presentar un Borges original y reconocible, no quiere decir que no puedan hacerse algunas objeciones. Creo que la más importante es la que se refiere a la forma como ERM ha distribuido el material. Aunque la secuencia cronológica da una muy buena idea del proceso creador, algunos criterios resultan discutibles. Especialmente en la primera parte, cuya amplitud es tal que puede colocarse bajo un mismo rubro ("Redescubrimiento de la ficción") textos que van de 1930 a 1955: demasiado para establecer un principio regulador. Me parece que, en vez de estar dividida en sólo dos secciones, esa parte debió tener tres o cuatro, de acuerdo con las distintas maneras que Borges adopta en ese largo lapso; el lector habría ganado con más prólogos y notas de introducción. El título de la segunda es ingenioso, pero tiene el inconveniente de que "El dictador" sugiere que la obra "realista" de la tercera no es también dictada: lo es y eso oscurece el criterio. La otra objeción es más bien formal: tal como lo hizo en su biografía de Borges, en *Ficcionario* ERM insiste en llamarlo "Geogíe", su nombre familiar. Usarlo para referirse a Borges cuando era niño o muchacho parece apropiado, pero no extenderlo al Borges ya escritor: introduce una innecesaria nota de familiaridad que trivializa un poco la figura de un autor cuyo único nombre es bien conocido: "Borges" (sin "Jorge Luis").

Ya señalé que lo mejor del libro está en las notas. Toda la erudición, el conocimiento íntimo del autor y sus textos, la memoria del dato menudo y de la alusión libreca (ocinematográfica, pues ERM era un empedernido cinefilo, con obra crítica también en ese campo), la elegancia e ironía de su prosa, brillan aquí con gran esplendor. He aprendido mucho leyéndolas, me he entretenido enormemente con ellas; también he discrepado con algunas o han despertado mi perplejidad. ERM era un crítico muy sugestivo, que ponía toda su persona en lo que escribía (ahora que está de moda hacer lo contrario, en nombre de una mal entendida "objetividad"), que opinaba con pasión y discutía hasta consigo mismo. Era un polemista temible y un batallador infatigable, aun en las épocas más pacíficas de su activa vi-

da. Podía ser un hombre complejo y hasta difícil, aunque sabía aliviar esas asperezas con los dones de su aguda inteligencia, su inmenso saber y su arte de finísimo conversador. (Recuerdo con gratitud esas charlas inteligentes y llenas de humor que tuvimos en el Perú, en Estados Unidos, en Berlín, en París y otros lados.) Esos dos aspectos de su persona, el abrasivo y el serenamente comprensivo, se reflejan a la par en estas notas que hay que leer lo mismo como comentarios sobre Borges que como testimonios privados del crítico. Imposible comentarlas todas aquí. Me referiré con el mismo número que usa ERM e indicando el título del respectivo texto de Borges:

2. "El general Quiroga va en coche al muerte": la alusión al *Facundo* y a la discutida identidad de los que lo mataron, tienen sumo interés: plantean la cuestión de cómo reelabora Borges la historia a partir de Sarmiento.

3. "Manuscrito hallado en un libro de Joseph Conrad": Valiosa la aclaración de que resulta dudoso que el primer *Quijote* leído por Borges fuese la versión inglesa, como se supone generalmente.

4. "La fundación mítica de Buenos Aires": Muy aventurada la afirmación de "afinidad" entre Mario y Oswald de Andrade, y Borges: anotar que cuando Borges dice que "los indios comieron", hace una sarcástica alusión a un festín canibal, tiene poco que ver, creo, con el movimiento Antropofagia, del Brasil.

9. "Una vindicación de la Cábala": Escribe ERM que la advertencia borgiana de haber inventado una secta hasídica "no ha impedido que solemnes eruditos latinoamericanos aficionados a la literatura hebrea, hayan fatigado bibliotecas para probar, o no, que Borges conocía a fondo la Cábala" (p. 458). La mordacidad de la referencia es excesiva e inútil dentro de una nota. Ese aire defensivo a nombre de Borges reaparece en otras partes, sin mayor justificación; además, se observa que, como suele ocurrir con los críticos de Borges, el estilo del maestro ("fatigado bibliotecas") contagia a sus exégetas.

13. "El arte narrativo y la magia": Util la referencia a Genette a propósito de este texto capital. En la última

década de su producción, el pensamiento crítico francés (estructuralismo, deconstrucción, etc.) tuvo un impacto muy fuerte en ERM, estimulado por su asociación a Yale University, foco de la escuela crítica norteamericana más afín a esa línea de pensamiento; esto se refleja en muchas notas.

18. "El espejo de tinta": Ilustrada aclaración sobre las verdaderas fuentes de este cuento, pese a las que se citan en él; igual la digresión sobre los espejos como metáfora de "sus terrores infantiles con el acto de escribir".

29. "La biblioteca total": Este texto es mucho menos conocido que el cuento "La biblioteca de Babel". ERM explica sus orígenes, en los años en que Borges era empleado de la humilde Biblioteca Municipal Miguel Cané, y da detalles minuciosos; pero agrega también éste: "Para evitar la hostilidad de sus colegas (más interesados en historias perversas, la práctica ocasional de la violación y en el fútbol) Borges accedió a no clasificar más de cien libros por día" (p. 446). La malicia informativa del dato es injustificada: no aclara nada sustancial y daña una nota por lo demás informadísima.

30. "Pierre Menard, autor del Quijote": Otra nota espléndida; cita como posibles alusiones de la parodia borgiana a Unamuno y Larreta, lo que es digno de estudio.

31. "Tiün, Uqbar, Orbis Tertius": La aclaración sobre la fecha de la postdata revela el sutil juego de Borges: la postdata es en realidad de 1940, aunque está fechada 1947. Así, parodia la función propia de una postdata.

46. "Roger Caillois: *Le roman policier*": Es cierto que Borges escribe una reseña "demoledora" del libro de Caillois, pero no es un ataque a mansalva como sugiere ERM: al final de su texto Borges lo elogia (p. 192). Esto mismo hace más extraño el incidente personal a que dio lugar; tal vez ERM siga una pista errónea dada por el propio Borges.

57. "Déle, déle": Curioso texto "político" de Borges. Aquí y en otras notas, ERM se esfuerza por defenderlo de las acusaciones de "fascista". No debería darse tanto trabajo: sólo los ignorantes pueden repetir esa acusación. El fascismo supone la violencia

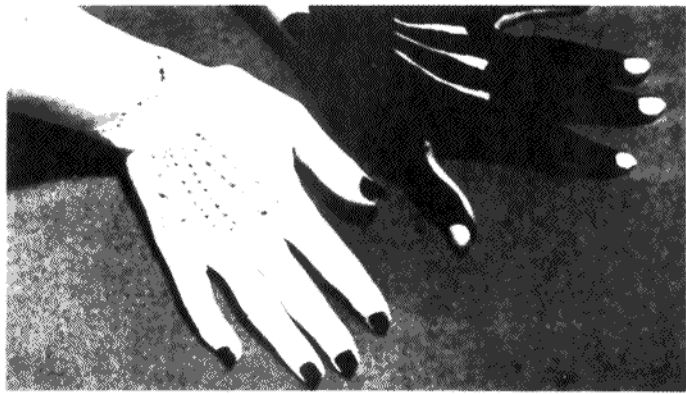
como arma de lucha política; la repulsi3n de Borges por eso (aunque la aceptaba, romantizándola, en sus relatos y poemas de tema gauchesco) era absoluta. Borges creía en la democracia, pero con un sesgo marcadamente conservador. Esta última palabra falta en las notas de ERM. Por conservador era antiperonista, más que por democrático; por eso tuvo veleidades con las juntas militares tras el retorno de Per3n. Borges habia heredado un concepto *patricio* de su país: Argentina era la naci3n que sus antecesores le habian legado, y queria que continuase fiel a ese modelo estático. Nos parezcan torpes o err3neas sus ideas políticas, hay que reconocer que Borges nunca las ocultó ni las usó como tantos otros, de izquierda o derecha; en el fondo, el tema no le interesaba mucho. Véase la nota 77 más abajo.

63. "El Zahir": En ésta y otras notas ERM sugiere lo importante que es el amor para Borges, su horror a la descendencia y sus inhibiciones sexuales. Los textos borgianos dan una prueba suficiente de eso, y por lo mismo es curioso que el crítico uruguayo no haya incluido "La secta del Fénix", que habria probado muy bien sus observaciones. Creo que es la única omisi3n clamorosa del libro.

77. "Página para recordar al coronel Suárez...": Otro texto con connotaciones políticas; anota ERM: "La publicaci3n de este poema en *Sur* fue un acto político de desafío que pocos escritores argentinos fueron capaces de realizar entonces. Eduardo Mallea eligió el silencio tenaz que asumiría su ficticio *Chaves* (1953); Julio Cortá-

zar se fue a París en 1952, a trabajar de traductor del inglés en la UNESCO: Adolfo Bioy Casares se refugió en la alegoría. Para Borges, en cambio, la verdadera batalla se libraba en los periódicos de Buenos Aires" (p. 464). La referencia combina la pugnacidad y cierto paternalismo, ambos criticables. Por un lado, es cierto que Cortázar se fue a París, pero no sin antes haber publicado *Bestiario* (1951), en el que hay por lo menos dos cuentos ("Bestiario", "Las puertas del cielo") que ofrecen opuestas alegorías de la Argentina de los años de Per3n; y luego escribiría "La banda", que es mucho más precisa en su sátira. Y si Bioy Casares "se refugió en la alegoría", ¿qué decir de Borges? ¿Y cómo olvidar "La fiesta del monstruo" (que ERM incluye, no. 64) escrita bajo seudónimo por Bioy y Borges? Por otro lado, la idea de convertir a Borges en un luchador político es un poco exagerada: Borges la rechazaría.

Aun con todas estas reservas, *Ficcionario* es un libro notable: si uno quiere tener un compendio manuable y orgánico de Borges en un solo volumen, tiene que recurrir a éste. Leyéndolo y repasándolo uno encuentra informaci3n preciosa y precisa no sólo sobre Borges y su obra, sino sobre literatura en general, sobre poética e historia, sobre ficci3n y biografía, sobre crítica y, cómo no, sobre el mismo ERM. *Ficcionario* es un retrato de Borges hecho con su propia voz, pero esa imagen espejea con los ecos de la voz del intérprete de los textos: ya muertos, estos dos hombres dialogan (y nos asombran), como lo hicieron tantas veces cuando estaban vivos.



LOS MITOS FILOSOFICOS

Exposición atemporal de la filosofía

de Juan A. Nuño

por Pedro Stepanenko

● Fondo de Cultura Económica, México, 1985. 147 pp.

La recurrencia de problemas, planteamientos y conceptos filosóficos es algo que todos podemos constatar fácilmente con una simple ojeada a la historia de la filosofía. La célebre afirmación de Whitehead, según la cual ésta no es más que una nota al pie de página de la obra de Platón, es quizá una manifestación exagerada de tal hecho, pero no por ello menos significativa, en virtud de que destaca lo limitado de la temática filosófica. Resulta, pues, sorprendente la multitud de filósofos que han surgido de ella a lo largo de veintitrés siglos. Tal vez podamos encontrar la causa de este extraño fenómeno en las primeras palabras de uno de esos grandes monumentos que se han levantado en tan estrecho territorio: "Tiene la razón humana el singular destino, en cierta especie de conocimientos, de verse agobiada por cuestiones de índole tal que no puede evitar, porque su propia naturaleza las impone y que no puede resolver porque a su alcance no se encuentran". (Kant, *Crítica de la razón pura*)

Sin embargo, no sólo la temática filosófica se repite constantemente; también las diversas postiones adoptadas ante ella, e incluso las concepciones que la filosofía tiene de sí misma renacen una y otra vez. De ahí el interés que reviste llevar a cabo una clasificación de las diversas filosofías de acuerdo con determinados "esquemas reiterativos" subyacentes. Tal es el proyecto que en su libro recientemente publicado se propone realizar Juan A. Nuño, tomando como idea directriz la sospecha de que el discurso filosófico tiene como referente oculto al mito, entendido este último como "la expresión no reflexiva de una toma de posición ante el mundo", en la que se fundan las creencias.

El mito —nos dice Nuño—, al ser considerado como una especie de metáfora, constituye un metalenguaje que versa sobre la expresión directa, la cual es ya un primer alejamiento de la presunta realidad expresada. La idea del discurso filosófico que nos propone el autor es la de un metalenguaje de nivel superior cuyo lenguaje-objeto es precisamente el mito (doble distanciamiento respecto a la realidad), que, después de haber aparecido como recurso explícito de la filosofía de Platón, ha sido ocultado mediante una asimilación al lenguaje sistemático, dando así la impresión de restituir el nivel básico de la expresión. De esta manera "los mitos implícitos vendrían a ser el sentido último del mensaje filosófico que es el signo" y podrían representar, en un intento de clasificación, los esquemas que inspiran y determinan "familias de sistemas filosóficos" que han coexistido a lo largo de la historia de este peculiar quehacer humano. Esto no significa que todo sistema de cada familia posea una estructura similar a la de los mitos, sino que cada una expresa a su manera un mismo "fondo de creencias" contenido ya en el mito.

La totalidad de los mitos constituyentes de tipos de sistemas —considera Nuño— está colmada desde la Antigüedad. El mito de la recuperación del origen divino del alma a través de la aspiración a la sabiduría está detrás de la filosofía de origen pitagórico que se considera a sí misma como una actividad "servil" o auxiliar. Con Parménides se inauguran dos grandes grupos: por un lado aquél que remite a los mitos de iniciación y revelación, claramente expuestos en la primera parte de su *Poema*, mediante las imágenes de los corceles guiados por doncellas que conducen al filósofo a las puertas que guardan el cami-

no del Día, en donde la diosa le ha de revelar la verdad "bien redonda"; por el otro, aquel que remite a los mitos de frontera e infierno manifestados por boca de la diosa que condena cualquier reflexión que no asuma rigurosa y estrictamente el principio de identidad, ya se trate de la trillada por los mortales, ya sea cualquier sistema que acepte la pluralidad o el cambio. Con el advenimiento de la revolución socrática, al proponerse el hombre como tema fundamental de la filosofía, surge una nueva familia que oculta el mito de Narciso; su objetivo y su vía de acceso encuentran en el yo, en el sujeto que actúa, su fin último y su punto de partida. Y, finalmente, con las conocidas palabras del tratado, casualmente titulado "Metafísica", de Aristóteles, que postulan la existencia de una ciencia cuyo objeto es el "ser en tanto ser", aparece el primer miembro de la hoy en día desacreditada familia inspirada en el mito de la totalidad o del saber absoluto. Queda cerrado de esta manera el cuadro clasificatorio. De Aristóteles en adelante las filosofías no tendrán más que integrarse a alguna de estas posiciones.

La primera imagen de la filosofía que nos presenta Nuño dentro de esta especie de desfile de disfraces es la que esconde en sí misma el narcisismo; se trata de filosofías que desdeñan lo que consideran el frío y esquemático pensamiento de las ciencias, que tiene como único fin aprehender el mundo externo; su preocupación, por el contrario, se centra en la vida interna del sujeto, sus angustias, sus deseos, etc.; e intentan descubrir, descifrarla, a través de una introspección que resulta ser una reflexión más sentimental que conceptual. La siguiente figura presume tener la capacidad exclusiva de intuir la esencia de todas las cosas; aquí nos topamos con todas aquellas filosofías que aceptan de una u otra manera la intuición intelectual, instrumento que sólo pueden alcanzar los que se hayan sometido a una ardua disciplina que les permita desarrollar esa misteriosa función del espíritu. El filósofo viene a considerarse, entonces, como un ser superior que se instaure en un mundo de "clarividencias". Misterios de revelación y mitos iniciáticos es lo que encubren, según Nuño, estos

pensadores entre los que destacan Platón, Descartes y Husserl. Sin embargo, las pretensiones de esta clase resultan modestas al lado de la presunción de aquélla que se otorga el lugar de la reina de todas las ciencias, argumentando que posee una visión cabal de la "totalidad de lo real" o del "ser en tanto ser", que le permite determinar la labor de cada ciencia particular. El objeto que declara enfocar es la unidad de lo real, pero en el fondo arrastra el mito de la unidad originaria y perdida; su forma de proceder, aun cuando dice ser estrictamente racional, es semejante a la del pensamiento mágico, de acuerdo con la caracterización que da Lévi-Strauss de este último: un pensamiento que cree en un determinismo absoluto, que considera que todo tiene relación con todo. Por supuesto, la estrella que más brilla en el horizonte de esta comunidad filosófica es la de Hegel.

Como puede verse con claridad, las tres posiciones anteriores le conceden a la filosofía un papel privilegiado dentro de la actividad pensante del ser humano; ocupa la cúspide de esta tendencia la última de ellas. Las dos siguientes posiciones que expone Nuño son, por el contrario, corrientes con una inclinación opuesta: le dejan a la filosofía sólo una función crítica o auxiliar. La primera, de origen parmenideo, se encarga de establecer los límites del conocimiento legítimo, determinando un ámbito más allá del cual el pensamiento se ve sumergido en el desvarío. Su criterio delimitativo puede referirse a la estructura de los conocimientos, y en tal caso se desechan aquellos cuya expresión contiene desperfectos sintácticos o de argumentación, o bien puede referirse a su objeto, en cuyo caso resultan condenadas todas las especulaciones que se empeñan en rebasar el único campo que permite la verificación. En todas las filosofías que pertenecen a esta estirpe, ya se trate del sistema kantiano, de Hume o del empirismo lógico, pesan la idea de lo prohibido, del tabú, y la idea del recinto fortificado que le permite al conocimiento garantizado permanecer sin temor a grandes peligros. La última posición en este cuadro podría considerarse como la antítesis de las reflexiones basadas en el mito de la

totalidad. En ella la filosofía se conforma con un puesto subordinado, sea integrándose a moldes religiosos, como en el caso de la secta pitagórica o la filosofía medieval, o adoptando como tarea el análisis del lenguaje y la metodología de las ciencias. Se trata de actividades totalmente dispares, si bien comparten esa humilde función de ir a la zaga de un saber que no tiene por qué rendirles cuentas, y al que sólo pueden auxiliar aclarando sus conceptos, mas nunca evaluándolos. En esta familia el mito subyacente de la depuración del alma se ha desdibujado, quedando sólo la idea de subordinación como denominador común.

Dos mitos más abarcan el conjunto de todas estas familias. El del eterno retorno, que viene a ser el índice de la filosofía en general, al poner el énfasis en ese constante retomar los mismos temas y las mismas actitudes, gracias al cual es posible hablar de familias, en la medida en que, tras la aparente diferencia de sus miembros, lo que en realidad enfrentamos es un renacer de un mismo carácter. El otro, intimamente ligado al anterior, es el mito de Sísifo, ya que la filosofía vuelve a retomar las empresas que han sido condenadas y resurge cada vez que alguno de sus representantes piensa haber terminado o destruido definitivamente el proyecto de esta actividad.

La clasificación propuesta por Nuño es también una nueva crítica de la filosofía, pues no sólo nos ofrece un panorama de los distintos tipos de filosofías. El hecho de tomar en particular a los mitos como aquello que caracteriza y determina a cada "familia de sistemas" supone ya una crítica filosófica, que revela tras el discurso presuntamente racional de la filosofía una toma de posición "no reflexiva" ante la realidad. De esta manera Nuño se inscribe, con *Los mitos filosóficos*, en una tradición crítica que busca desenmascarar los textos a través de una lectura que saca a luz lo que se considera el "verdadero" motor de lo que se afirma. Crítica que podríamos llamar externa, ya que apela a un factor extra-filosófico para explicar el contenido, desdeñando o mostrando como falsos los planteamientos que cada sistema filosófico presenta para determinar su objeto

de estudio y la manera de abordarlo. No se trata, en el caso de Nuño, de buscar los motivos psicológicos que han conducido a cierto autor a crear esta o aquella teoría, ni las condiciones sociales que pudieron llevarlo a adoptar alguna posición, sino de mostrar la totalidad de los mitos que constituyen los grupos en los cuales deben caer una y otra vez todas las posibles filosofías. Con ello, al mismo tiempo que un desenmascaramiento, logra una clasificación basada en aquello que revela.

No obstante, el supuesto que funge como criterio clasificatorio no parece estar suficientemente legitimado ni otorgarnos motivo alguno para considerar exhaustiva la serie de mitos señalados. "El referente de cualquier lenguaje sistemático", nos dice Nuño, "ha de encontrarse en un determinado mito". Se trata, claro está, de un referente oculto, pero no se explica claramente cómo llega a quedar oculto. Apelar al hecho de que algunos términos filosóficos puedan tener como origen una expresión metafórica, e incluso una expresión cuyo sentido originario esté integrado en un contexto mítico, como parece sugerirlo Nuño, no habla a favor de aquella suposición, así como no tenemos por qué pensar que al utilizar el término "cosmos" nos estamos refiriendo oculta y oculta al orden de la comunidad humana, debido a que tal haya sido su significado original. Por otro lado, el autor considera que sólo existen las cinco familias de sistemas por él expuestas, pero no muestra la necesidad de que así sea, ya que no deriva el número de familias del criterio clasificatorio.

Sin embargo, la visión de la filosofía de Nuño, la persistencia en ésta del mito, expresada con erudición en una prosa cuidada, hacen de este libro un enfoque nuevo y apasionante.

Vuelta

se suma al homenaje a

Jaime Sabines,

uno de nuestros mayores poetas.

CORRESPONDENCIA

de Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill

por Guadalupe Pacheco

● Fondo de Cultura Económica, México, 1985. 147 pp.

El apresurado intercambio de ideas que forma la correspondencia entre Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill, ahora publicada (en una traducción lamentable de Hero Rodríguez Toro) por el Fondo de Cultura Económica, nos mueve a preguntarnos por las circunstancias que acercaron intelectualmente a esos dos grandes pensadores del siglo pasado y los llevaron a semejantes concepciones políticas sobre la salvaguarda de las libertades en un nuevo mundo donde la igualdad ciudadana sería la norma. En una de sus misivas a Mill, fechada en 1835, Tocqueville resumió esa visión común de la siguiente manera:

No conozco todavía ningún amigo de la democracia que se haya atrevido a hacer resaltar de manera tan neta y tan clara la distinción capital entre delegación y representación... Se trata para los amigos de la democracia, menos de hallar los medios de hacer gobernar al pueblo que de hacer elegir al pueblo los más capaces de gobernar y darle sobre ellos un imperio suficientemente grande para que puedan dirigir el conjunto de su conducta y no el detalle de los actos ni los medios de su ejecución. (p. 52)

Uno y otro intentaron, y no sin lucidez, la creación de un sistema conceptual que diera cuenta de los profundos cambios políticos que en el siglo XIX habían ocurrido en Francia y en Inglaterra; uno y otro advirtieron que "la obra difícil de reorganizar la sociedad europea", a la que se refiere Mill en una carta de 1843, no podía emprenderse sin una nueva teoría política.

Hereditario de una familia aristocrática de provincia, Tocqueville vivió su infancia durante la era napoleónica; presenció, siendo joven, la restauración borbónica; visitó, con Beaumont, la naciente Norteamérica; y, bajo la monarquía burguesa de los Orléans, llegó a diputado. Cuando la revolución de febrero de 1848 —que desem-

bocó en la proclamación de una República fundada en el sufragio universal— arrastró a toda la sociedad francesa en la corriente irresistible de la participación política, Tocqueville resultó electo diputado de la II República y, más tarde, Ministro de Asuntos Extranjeros. Su carrera política terminó bruscamente en 1851, cuando se negó a reconocer el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte. A John Stuart Mill no le cupo en suerte, quizá, vivir una situación histórica tan turbulenta como la francesa, ni tan extraordinaria como el nacimiento de una nación. Le tocó ser, en cambio, como filósofo y economista, un heredero espiritual del utilitarismo y un modernizador del liberalismo inglés; buscó, como teórico, alternativas políticas que atrajeran esa nueva fuerza política nacida de la acelerada industrialización inglesa: los sindicatos obreros; fue un activo periodista y un editor de revistas de análisis político, un polemista cuya opinión era escuchada; durante varios años fue funcionario de la India House; apoyó la extensión del voto a las mujeres.

Estos dos contemporáneos, hijos de sociedades y sistemas políticos diferentes, fueron ciudadanos de dos naciones que buscaron un camino hacia la democracia representativa, cada una a su manera, en razón de la originalidad de sus tradiciones políticas. La sociedad francesa tuvo que verse las con un régimen absolutista, en el cual el poder real doblegó completamente las pretensiones políticas de la nobleza, subordinó a su sola potestad al parlamento y centralizó la vida política en la capital: "L'état c'est moi", pudo proclamar el rey. Este poderoso estatismo centralizado echó raíces tan profundas que incluso después de la revolución de 1789 tuvieron nuevos brotes; el tránsito de Francia a la democracia estuvo jalonado por numerosas revoluciones radicales. En la Inglaterra victoriana las co-

sas eran muy distintas. La monarquía inglesa, ya entonces parlamentaria, había aprendido muy bien la lección de Cromwell: el parlamento dictaría sus reglas al poder real y no a la inversa; la ley, y no el rey, establecería los límites del ejercicio del poder. Así pues, la vida política había encontrado sus carriles institucionales y la revolución industrial estaba en marcha.

Las ideas de Tocqueville y Stuart Mill no carecen de pertinencia. Ambos vivieron en sociedades que atravesaban por un momento de plena transición, que desechaban los viejos moldes de organización funcional y se lanzaban a la búsqueda de otros, más idóneos.

En este punto es necesario hacer una aclaración. Cuando Tocqueville y Mill hablan de democracia, lo hacen en un sentido restringido. Subrayan la idea de que todos tenemos derechos políticos iguales para participar en los asuntos públicos; la idea, en otras palabras, de que el sufragio debe extenderse a toda la ciudadanía, sin que importe su posición económica, política o social. Al escribir *democracia*, ambos pensadores entendían *igualitarismo*. Es preciso señalarlo, si se quiere comprender su obsesiva preocupación por salvaguardar el ejercicio de las libertades políticas en este nuevo contexto. Al subestimar este punto, muchos críticos han visto en sus ideas (las formas de la incompreensión son infinitas) la creación de mentes aterrizadas por el surgimiento de la "democracia de masas", temerosas de la mayoría y de la opinión pública; han llegado a atribuirles el planteamiento de la incompatibilidad entre igualdad y libertad. Nada hay más alejado de su espíritu. Ambos comprendieron claramente que la igualdad democrática era indispensable para el buen gobierno; también, con lucidez ejemplar, que la igualdad de derechos no resolvía el problema de la libertad política, y que el sufragio universal era condición indispensable pero no suficiente para que el gobierno fuese verdaderamente representativo.

Cada uno planteó el problema a su modo. Tocqueville se vio obligado a hurgar en la historia, tratando de encontrar los motivos —que habría que evitar— por los que la igualdad de condiciones podía desembocar de

nuevo en un despotismo estatal oculto tras el impersonal antifaz del plebiscitarismo. Y es que el camino de Francia hacia la democracia y la libertad fue más tortuoso. A pesar de la revolución, dos Bonapartes se habían proclamado emperadores y la centralización de la burocracia parisiense había sido aun mayor que bajo el absolutismo real. Stuart Mill, en cambio, ya no tenía que preocuparse de esas cosas; más de dos siglos antes, la guerra civil del siglo XVII había clausurado esa opción. Ello le permitió concentrarse en los problemas que planteaba la nueva mayoría urbana surgida de la industrialización: una clase obrera organizada en sindicatos y dispuesta a luchar políticamente por sus reivindicaciones.

Para Tocqueville, la pasión norteamericana por el igualitarismo era buena, pero tenía un defecto: alimentaba en la mente de los ciudadanos un individualismo que los hacía indiferentes a la vida pública y la de su comunidad, empujando a cada uno a centrarse en sus intereses personales y dejando un enorme terreno baldío en la decisión de los asuntos de interés colectivo, que rápidamente era absorbido por el aparato estatal. Al mismo tiempo, su individualismo los aislaba y los hacía sentirse indefensos ante todo lo que rebasase su ámbito personal. Adquirían así el mal hábito de volver siempre los ojos hacia el Estado, para que les resolviese el más insignificante problema; y esto, escribía Tocqueville, era el camino de vuelta más directo hacia el despotismo estatal. El moderno estado de derecho también podía convertirse en un Leviatán todopoderoso. Por ello, concluía, la igualdad de condiciones no bastaba para preservar la igualdad política y limitar el poder estatal central.

Los términos del problema quedaban así planteados: ¿cómo preservar el ejercicio de la libertad en la vida política dentro de un marco igualitario? En lo esencial, la respuesta de Tocqueville fue que la sociedad podría defender su libertad dentro de la igualdad sólo si se organizaba adecuadamente. Vio con claridad que los antiguos cuerpos intermediarios entre el pueblo y el poder central, al que limitaban, no podían ya cumplir su misión, y que eran necesarias nuevas formas de organización de los ciuda-

danos. Ese papel debían desempeñarlo asociaciones civiles y políticas libres; los ciudadanos debían cultivar el arte de asociarse. Considero, además, que era indispensable una descentralización administrativa y política que devolviese a las provincias el ejercicio soberano de sus libertades políticas. Estas dos medidas, pensaba Tocqueville, harían renacer en los individuos la pasión por la vida pública y las virtudes cívicas que caracterizan la grandeza de los pueblos.

John Stuart Mill no olvidaba que el primer requisito de un gobierno libre era el de basarse en la igualdad ciudadana, pero planteaba la necesidad de que hubiera instituciones que salvaguardasen la libertad individual contra la posible tiranía de la mayoría. Definía al gobierno representativo como aquél en el que toda la nación ejerce, a través de diputados electos periódicamente, su control sobre el poder estatal; más concretamente, imaginó que las instituciones funcionarían de la siguiente manera: la elección popular controlaría al parlamento; a su vez, éste ejercería el control de los ejecutores de las políticas, quienes deberían seleccionarse entre los líderes de ese cuerpo representativo y encargarse del control y la dirección de la burocracia profesional.

Ahora bien, no dejaba de existir la posibilidad de que la mayoría dejase a las diversas minorías posibles (sin descartar a los individuos aislados) sin voz o sin algún terreno de intervención de la política. Mill subrayó la importancia del voto plural y de la representación proporcional de las minorías en el parlamento. Su verdadero temor era que la mayoría o la opinión pública desarrollasen actitudes de intolerancia ante la diversidad y las actitudes no convencionales. Las circunstancias históricas, como se ve, despertaron en John Stuart Mill la preocupación por salvaguardar el pluralismo de la libertad política y llevaron a Alexis de Tocqueville a buscar la manera de poner límites al poder estatal. Así, en todo caso, parece verlo Tocqueville en una carta a Mill de 1835:

Un demócrata francés es, por lo general, un hombre que quiere colocar la dirección exclusiva de la sociedad no en todo el pueblo, sino en cierta porción de ese pueblo y que, para llegar a

ese resultado, no concibe claramente sino el empleo de la fuerza material... En cuanto a los demócratas ingleses "Su objetivo final, me parece ser, en realidad, poner a la mayoría de sus ciudadanos en capacidad de gobernar y de hacerlos capaces de ser gobernados. Fiel a sus principios, no pretender forzar al pueblo a ser feliz de la manera que ellos juzguen la más conveniente, sino que tenga la capacidad de discernirlo, y una vez discernido, aceptarlo. (p. 35)

El pensamiento de Tocqueville y Mill nos importa actualmente, a mi juicio, porque se enfrentó al problema de una sociedad en transición. Debemos ver al liberalismo político, más que como una forma estable y duradera de organización económica, política y social, como una *constelación de circunstancias transitorias* sin las cuales no sería posible la superación de lo obsoleto y el fortalecimiento de lo nuevo. En otras palabras: la total igualdad de condiciones políticas, la plena libertad política de los ciudadanos, son las principales condiciones *sine qua non* para que las nuevas fuerzas sociales, lo mismo que las tradicionales dispuestas a adaptarse al cambio, puedan organizarse bajo un nuevo compromiso político y crear un nuevo orden funcional, más acorde con las nuevas circunstancias históricas.

Vistas así las cosas, se comprende por qué las ideas de ambos pensadores conservan su frescura y su vigencia: nociones como pluralismo político, límites al poder estatal, elecciones y gobierno realmente representativo, libertad en la democracia, no han agotado aún su poder creativo. Una nueva era, plenamente liberal, ofrece el terreno propicio para renovar y corregir la vida política de una nación. Nos da la oportunidad de construir un nuevo orden político, mucho más funcional y capaz de hacer que el conjunto de la sociedad afronte los retos que el fin de este segundo milenio nos plantea.



ESPERANDO A LOZADA

de Jean Meyer

por William B. Taylor

©El Colegio de Michoacán/CONACYT, Zamora, 1984

En el concurso celebrado en 1770 para asignar las parroquias vacantes en la Mitra de Guadalajara, presentaron sus credenciales tres párrocos que habían prestado sus servicios en Nayarit. Su estancia en esa región había sido un calvario. Felipe de Liñán, originario de Tepic y párroco propietario de esa feligresía, habló sentidamente de su estancia en Ixcuintla y Sentispac. En Ixcuintla, dijo, padeció "más y mayores plagas que las de Egipto"; en Sentispac, se comparó con el "buen perro" que se defendía de los lobos. Antonio Manuel Velázquez, quien también había sido párroco propietario de Ixcuintla y de los campos mineros de San Francisco Tinamachi y de Nuestra Señora de Guadalupe, describió las plagas de insectos y otras afecciones de la piel, así como la "gente bárbara e inculta y dada a todo género de vicios". A José Ramón de Herrera, párroco propietario de Guaynamota, su parroquia le significó un calor sofocante, muchas llagas e indios irreducibles.

Una mañana de julio de 1821, Tomás Navarrete, un mulato jornalero de 22 años vecino de la jurisdicción de Santa María del Oro, fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento en la plaza de toros de Guadalajara. Navarrete había asesinado a su madre a machetazos en el Rancho de los Tepahuajes y, según propia confesión, había planeado el crimen durante los últimos seis meses para poder vivir "libremente" con su sobrina de 15 años, a la que había seducido en la casa de su madre, a pesar de las constantes objeciones de ésta.

El mito de Manuel Lozada y sus seguidores (1853-1873), instrumentos bárbaros de curas retrógrados y capitalistas extranjeros, capaces de todo, crueles e inconstantes, tiene raíces en los sentimientos y experiencias de opresión, peligro y violencia prevalentes en las márgenes de esta so-

ciudad que revestía un especial interés para la gente de las ciudades de Tepic y Guadalajara, donde se escribía y hacía oficialmente la mayor parte de la historia regional. Está asimismo enraizada en un más reciente nacionalismo providencial, que había hallado en Lozada a un enemigo de la trayectoria de México, un pueblo unido en lucha contra la influencia del clero, el poder económico extranjero, los caciques y otros líderes ignorantes y egoístas —una especie de Antonio López de Santa Anna en calzones.



En 1968, Jean Meyer se propuso averiguar la historia oculta detrás del espectro de Lozada, muy a la manera en que anteriormente había situado y escrito su valiosa obra sobre otra protesta armada de las comunidades rurales, la Rebelión Cristera, que le había llevado más allá de los curas antirrevolucionarios, los antiguos hueristas, la madre Conchita y otras facetas de la historia oficial, hasta los pueblos y pensamientos de la gente que había participado en la lucha y apoyado a los rebeldes. Lozada y su reino son temas menos tangibles, más remotos en el tiempo y la memoria, pero Meyer los rescata del mito. Esto, por sí solo, representa un logro

importante pero, como sugiere el título de esta recopilación, Meyer intenta y alcanza algo más, y aún no termina con el tema.

Así como se puede estar "activamente" inmóvil, se puede "esperar y sin dejar de buscar". Meyer no es un historiador pasivo. Busca a Lozada a pie y a caballo, a través de las conversaciones y, especialmente, en los archivos de Nayarit, Guadalajara, la ciudad de México, Londres y París, y logra reimaginar a su personaje y, sobre la marcha, encuentra su enfoque personal. Su espera de Lozada —mientras investiga, escribe y vive activamente— proviene parcialmente de un deseo de prolongar la conversación con su personaje, una conversación en la que frecuentemente no hay respuesta, y, en parte, de una determinación de llegar a comprender el reino de Lozada ampliando su campo de acción, viendo su actividad en círculos —de historia local, regional, nacional e internacional— cada vez más grandes. La investigación realizada por Meyer se convirtió en la búsqueda de la historia del occidente de México y de la nación mexicana, no como asuntos que deban estudiarse independientemente sino como una miríada de relaciones, llenas de complicaciones y conexiones ocultas y cabos sueltos (para describir su trabajo, Meyer escoge la metáfora de la hebra a la que se sigue hasta sus embrollados orígenes: "quien agarra el hilo, saca el ovillo", pp 195, 231). La espera de Lozada se convierte en una búsqueda para recuperar la total complejidad de un pasado y de una región. Esta es la gran búsqueda, nunca culminada, que puede producir descubrimientos inesperados, y una manera de escribir la historia que gana mucho al haberse razonado todos los ángulos de la pregunta y estar abiertos a sorpresas de los registros oficiales. Las conclusiones provisionales alcanzadas son ganadas a pulso y refinadas por las inconsistencias encontradas.

En la medida en que la investigación de Meyer rebasa a Lozada como bandolero, estos doce ensayos y comentarios sobre documentos representan un cúmulo de descubrimientos. Muestran la historia desde numerosos ángulos. Un ensayo examina la problemática histórica del occiden-

te de México en sus términos más amplios y presenta una verdadera región de Nueva Galicia conformada por el actual Jalisco, Nayarit, Colima, el sur de Zacatecas, el occidente de Michoacán, Aguascalientes y gran parte del Bajío, una región en la que coexisten las haciendas, los ranchos, los pueblos indígenas en decadencia, la aparcería y los arrendamientos, pero donde el crecimiento de la población a partir de mediados del siglo XVIII y la privatización de las tierras

Cabañas lo propusieran) y continuando como un programa legislativo consciente a través de los años veinte, treinta y cuarenta de ese siglo. El ensayo concluye que 1856-57 fue para Lozada un parteaguas, no porque la Ley de Desamortización estuviera directamente relacionada con su revuelta. Más bien, la gran lucha entre la iglesia y el Estado, los liberales y los conservadores, debilitó al gobierno nacional y dio a Lozada y a sus seguidores una oportunidad para con-

na central de Jalisco. Otro ensayo muestra la microhistoria de los pleitos por la tierra en el pueblo de Lozada, y los conflictos sociales subyacentes en sus luchas con los Ramírez, sus rivales en Ixtlán. Otro más analiza la hegemonía económica de los capitalistas extranjeros en Nayarit, la Casa Barrón y Forbes. Un documento muestra claramente que los mariachis no deben su nombre a los franceses, otro más (de 1814) proporciona información invaluable sobre la vida cotidiana en la comarca de Lozada.

Estas diferentes piezas están entrelazadas por el placer que Meyer experimenta en proporcionar una evidencia documental fidedigna; su preocupación por los temas de clases, poder, región, y sus percepciones y conexiones imaginativas, que logra combinando los temas principales con los locales y situándolos dentro de un contexto regional. Las piezas independientes se ven también unidas por la generosidad de espíritu mostrada hacia sus fuentes y personajes, fuesen éstos extranjeros o mexicanos, vivos o fallecidos, estudiosos de grandes temas o de temas locales. La opinión de Meyer es clara de principio a fin, pero deja la última palabra a un historiador local que publicó su escrito en 1908, y la introducción a un relator de 1814. Esta generosidad es admirable y propia de un historiador de México que es a la vez extranjero y mexicano.

El Lozada que se desprende de las investigaciones de Meyer es, más una parte a medias autónoma de las cambiantes estructuras regionales y nacionales, que una garra de felino, un agente independiente, o un forajido. Encarna un problema (amenazas a las tierras comunitarias y a la idea de autonomía prevaleciente en los pueblos de la Nueva Galicia de los siglos XVIII y XIX), y un momento (la oportunidad representada por las guerras civiles, la intervención extranjera y gobiernos nacionales débiles). Lozada ganó poder militar y político para él y sus pueblos al controlar la creciente brecha que separaba Tepic y al Séptimo Cantón de Guadalupe, división que beneficiaba tanto a los gobiernos en lucha como a la élite local de Tepic y San Blas.

Traducción de Verónica Terán



alentada por el Estado, definen cada vez más los conflictos políticos y sociales. Otro de los ensayos se refiere a un capítulo de historia legal, la Ley Lerdo de Desamortización de las Tierras Corporativas, y muestra cómo el reparto de las tierras entre los pueblos del occidente de México fue un proceso mucho más largo de lo que se suponía, remontándose por lo menos a los fisiócratas borbónicos del siglo XVIII (de hecho, la división de las tierras comunitarias parece haberse iniciado antes de que los Intendentes Ugarte, Loyola y el obispo

certar alianzas y actuar con toda impunidad en contra de las haciendas enemigas. Un tercer ensayo considera la Ley de Desamortización como un proceso local, examina más de cerca la división de las tierras en Nayarit en los años de 1856 a 1867 y llega a la conclusión de que los coterreños de Lozada no habían sido directamente afectados. Otros utilizan las rebeliones indígenas de 1855 a 1857 para retornar a la idea de región, mostrando una relación directa y paralela entre el movimiento de Lozada y la inquietud prevaleciente en la zo-